

otro del año, en el fondo de aquella cueva adonde el oro entraba en monedas y de donde salía en lingotes, para volver á entrar en monedas y volver á salir en lingotes acaso, indefinidamente, con el único objeto de dejar en las manos del traficante algunas partículas.

Así que Kolb, un hombrecillo muy moreno, cuya nariz aguileña saliendo de una gran barba denunciaba el origen judío, hubo comprendido la oferta de Saccard, que el oro cubría con un ruido de granizada, aceptó.

—¡Perfectamente!—exclamó.—Muy contento de entrar en el negocio si Daigremont entra. Y gracias por haberos molestado.

Pero se entendían con trabajo y se callaron, permaneciendo todavía allí un instante, aturridos, extáticos, en medio de aquel repique tan claro y exasperado, que estremecía todos sus nervios, como una nota muy alta sostenida sin fin en los violines, hasta el espasmo.

Ya fuera, á pesar de haber vuelto el buen tiempo, una hermosa noche de Mayo, Saccard, destrozado por la fatiga, tomó otra vez un coche para volver á su casa. Una jornada ruda, pero bien empleada.

IV

Surgieron dificultades y el asunto fué aplazándose, sin que durante cinco ó seis meses pudiera decidirse nada. Eran ya los últimos días de Septiembre, y Saccard se irritaba al ver que, á pesar de su celo, surgían nuevos obstáculos, toda una serie de cuestiones secundarias que había que resolver desde el principio, si se quería fundar algo serio y sólido. Su impaciencia llegó á ser tal, que estuvo un momento á punto de enviar á paseo el sindicato, acometido y seducido por la idea repentina de hacer el negocio con la princesa de Orviedo sola. Teniendo ésta los millones necesarios para el primer impulso, ¿por qué no los había de meter en aquella soberbia operación, sin perjuicio de dejar acudir después á la pequeña clientela, con ocasión de los futuros aumentos de capital con que ya soñaba? Con una buena fe absoluta, tenía la convicción de proporcionarle una colocación donde se duplicaría su fortuna, aquella fortuna de los

pobres que ella repartiría en limosnas todavía mayores.

Una mañana, pues, Saccard subió á casa de la princesa, y como amigo y hombre de negocios al mismo tiempo, le explicó la razón de ser y el mecanismo del banco que soñaba. Lo dijo todo, mostró toda la cartera de Hamelin, no omitió ni una de las empresas de Oriente, cediendo á aquella facultad que tenía de embriagarse con su propio entusiasmo y de llegar á la fe por su ardiente deseo de triunfar, dejó escapar el sueño loco del pontificado en Jerusalem y habló del triunfo definitivo del catolicismo, el Papa tronando en los santos lugares, dominando el mundo, asegurado con un presupuesto regio, gracias á la creación del Tesoro del Santo Sepulcro. La princesa, ardiente devota, impresionóse sólo con aquel soberbio proyecto, con aquel coronamiento del edificio, cuya quimérica grandeza halagaba su desordenada imaginación que le hacía prodigar sus millones en buenas obras de un lujo colosal é inútil. Precisamente, los católicos de Francia acababan de aterrarse é irritarse á causa del convenio que el emperador había concluido con el rey de Italia, por el cual se comprometía, bajo ciertas condiciones de garantía, á retirar el cuerpo de ejército francés que ocupaba á Roma; esto era con seguridad la entrega de Roma á Italia, veíase ya al Papa expulsado, reducido á pedir limosna, errante por las ciudades con el cayado de los mendigos.

¡Y qué prodigioso desenlace sería el de encontrarse el Papa pontífice y rey en Jerusalem, instalado allí y sostenido por un banco, del cual los cristianos del mundo entero considerarían como un honor ser accionistas! Era esto tan hermoso, que la princesa consideró la idea como la más grande del siglo, digna de apasionar á toda persona bien nacida que tuviera religión. El éxito parecía seguro, fulminante. Y aumentó su estimación al ingeniero, á quien trataba con consideración, por saber que era muy devoto. Pero rehusó terminantemente tomar parte en el negocio, pues entendía ser fiel de este modo al juramento que había hecho de devolver sus millones á los pobres, sin sacar de ellos nunca un céntimo de interés, queriendo que aquel dinero del juego se perdiese, fuese bebido por la miseria, como un agua emponzoñada que debía agotarse. El argumento de que los pobres se aprovecharían de la especulación, no la conmovía, más bien la irritaba. ¡No, no! La fuente maldita quedaría agotada, ella no se había impuesto otra misión.

Saccard, desconcertado, no pudo utilizar su simpatía más que para obtener una autorización, vanamente solicitada hasta entonces. Había tenido el pensamiento de instalar el Banco Universal, desde el momento de su fundación, en el hotel mismo; ó al menos le había inspirado esta idea Carolina; porque él veía las cosas más en grande y hubiera querido en seguida un palacio.

Se contentarían con poner una montera de cristales al patio para que sirviese de dependencia central; arreglarían para oficinas todo el piso bajo, las caballerizas y las cocheras; en el primer piso, cedería su salón para sala de consejo, su comedor y otras seis piezas también para oficinas, y no conservaría más que una alcoba y un cuarto tocador, á condición de vivir arriba con los Hamelín, comiendo y pasando las noches con ellos; de suerte que con pocos gastos se instalaría el Banco con alguna estrechez, pero de modo muy serio. La princesa, como propietaria, había al pronto rehusado, en su odio á todo tráfico de dinero; jamás abrigaría su techo tal abominación. Después, aquel mismo día, mezclando la religión con el asunto y conmovida por la grandeza del fin, consintió. Era esta una concesión extrema, y sentíase acometida de un ligero estremecimiento, cuando pensaba en aquella máquina infernal de una casa de crédito, de una casa de Bolsa y de agio, cuyo rodaje de ruina y de muerte dejaba establecer así debajo de ella.

Una semana después de aquella tentativa abortada, tuvo, al fin, Saccard la alegría de ver el asunto, tan paralizado por los obstáculos, arreglado bruscamente en pocos días. Daigremont fué una mañana á decirle que ya tenía todas las adhesiones, y que se podía marchar. Entonces se dió la última mano al proyecto de estatutos, y se redactó el acta de sociedad. Ya era tiempo para los Hamelín, para quienes la vida

volvía á ser muy dura. El no tenía, hacía años, más que un sueño, ser el ingeniero consultor de una gran casa de crédito: como él decía, él se encargaba de llevar el agua al molino. También poco á poco, se había contagiado de la fiebre de Saccard, ardiendo en el mismo celo y la misma impaciencia. Carolina, por el contrario, después de haberse entusiasmado ante la idea de las cosas útiles y hermosas que se iban á realizar, parecía más fría y pensativa, desde que se entraba en las malezas y los pantanos y los barrancos de la ejecución. Su gran buen sentido y su rectitud natural, olfateaban toda clase de agujeros oscuros y sucios; y temblaba sobre todo por su hermano, á quien adoraba y á quien trataba, á veces, riendo, de «pedazo de tonto,» á pesar de su ciencia; no porque dudase lo más mínimo de la perfecta honradez de su amigo, á quien veía tan interesado en su fortuna; pero experimentaba una singular sensación de terreno movedizo, una inquietud de caída y de perdición, al primer paso falso.

Aquella mañana Saccard, cuando Daigremont lo dejó, subió radiante á la sala de los planos.

—¡Al fin es cosa hecha!—exclamó.

Hamelín, emocionado y húmedos los ojos, le estrechó las manos fuertemente. Y como Carolina no había hecho más que volverse simplemente hacia él, un poco pálida, añadió:

—¿Y bien, es eso todo lo que me decís?... ¿No os alegra la noticia?

Ella sonrió bondadosamente:

—Sí, estoy contenta, muy contenta, os lo aseguro.

Luego, cuando él hubo dado á su hermano detalles sobre el sindicato, formado definitivamente, intervino con su aire tranquilo.

—¿De modo que está permitido eso de reunirse unos cuantos para distribuirse las acciones de un banco, aun antes de que la emisión sea hecha?

Saccard hizo un violento gesto de afirmación.

—¡Vaya, si está permitido!... ¿Nos creéis tan cándidos que queramos arriesgarnos á un descalabro? Sin contar que tenemos necesidad de gentes sólidas, dueñas del mercado, por si los comienzos son difíciles.... Así, las cuatro quintas partes de nuestros títulos están en manos seguras. Se puede ya ir á la notaría á firmar el acta de sociedad.

Carolina se atrevió á replicarle:

—Yo creía que la ley exigía la suscripción íntegra del capital social.

Esta vez, muy sorprendido, la miró frente á frente.

—¿Leéis, pues, el Código?

Ella se ruborizó ligeramente, porque él había adivinado: la víspera, cediendo á su malestar, á aquel miedo sordo y sin causa precisa, había leído la ley. Un instante, estuvo á punto de mentir. Después, confesó riendo.

—Es verdad, ayer leí el Código; y de esta lectura salí tomando el pulso á mi honradez y á la

de todos, como se sale de los libros de medicina, con todas las enfermedades.

Pero él se disgustó, porque el hecho de haber querido informarse la mostraba desconfiada, dispuesta á vigilar con sus ojos de mujer escudriñadores é inteligentes.

—¡Ah—replicó con un gesto que echaba por tierra los vanos escrúpulos—si creéis que vamos á conformarnos con las suspicacias del Código! ¡Entonces no podríamos movernos, pues á cada paso nos veríamos detenidos por infinitas trabas, mientras que nuestros rivales nos dejarían atrás!... No, no, no esperaré ciertamente á que esté suscripto todo el capital; prefiero, por otra parte, reservarnos títulos, y yo encontraré un hombre nuestro á quien abriré una cuenta, que será nuestro testafarro, en fin.

—Eso está prohibido—dijo Carolina sencillamente con su hermosa voz grave.

—Sí, está prohibido, pero todas las sociedades lo hacen.

—Pues hacen mal.

Saccard, calmándose por un violento esfuerzo de su voluntad, y sonriendo á su vez, creyó deber volverse entonces hacia Hamélin, que, disgustado, escuchaba sin intervenir.

—Mi querido amigo, espero que no dudaréis de mí.... Soy un hombre de alguna experiencia, y podéis ponerme en mis manos para la parte financiera del asunto. Traedme buenas ideas, y yo me encargo de sacar de ellas todo el benefi-

cio deseable, corriendo los menos riesgos posibles. Creo que un hombre práctico no puede decir más.

El ingeniero, con su fondo invencible de timidez y de debilidad, echó la cosa á broma, para evitar el responder directamente.

—¡Oh! tendréis en Carolina un verdadero censor. Ha nacido maestra de escuela.

—Pues quiero ir de buena gana á su clase, declaró galantemente Saccard.

Carolina misma se había echado á reír. Y la conversación siguió en un tono de familiar benevolencia.

—Es que quiero mucho á mi hermano, es que á vos mismo os quiero más de lo que pensáis, y sería para mí una gran pena ver que os comprometáis en negocios oscuros, donde no hay, al fin, más que desastres y tristezas.... Mirad, ya que hablamos de ello, la especulación, el juego á la Bolsa, me produce un terror loco. ¡Me había puesto tan contenta al leer en el artículo octavo del proyecto de estatutos, que me habéis hecho copiar, que la Sociedad se prohibía rigorosamente toda operación á plazo! ¿Verdad que esto era tanto como prohibir el juego? Y luego me habéis desencantado, burlándoos de mí, explicándome que esto era un artículo de aparato, una fórmula de estilo que todas las sociedades tenían á honor consignar y que ninguna observaba.... ¿Sabéis qué es lo que yo querría? Pues que en vez de esas acciones, esas

cincuenta mil acciones que vais á echar al mercado, no emitieseis más que obligaciones. ¡Oh! ya veis que estoy muy fuerte en estas cosas desde que leo el Código, y no ignoro que no se juega sobre una obligación, que un obligacionista es un simple prestamista que cobra un tanto por ciento sobre su préstamo, sin estar interesado en los beneficios, mientras que el accionista es un asociado que corre la suerte de los beneficios y de las pérdidas.... Decid, ¿por qué no obligaciones? ¡Esto me tranquilizaría tanto, me haría tan dichosa!

Y exageraba el tono de súplica para ocultar su real inquietud. Pero Saccard contestó en el mismo tono, con cómico arrebató.

—¡Obligaciones, obligaciones! ¡Eso jamás!... ¿Qué queréis hacer con obligaciones? Eso es materia muerta.... Hacedos cargo de que la especulación, el juego, es la rueda central, el corazón mismo, en un vasto negocio como el nuestro. ¡Sí! Él atrae la sangre, la toma por todas partes de los arroyuelos, la reúne, la lanza otra vez á ríos, en todos sentidos, y establece una enorme circulación de dinero, que es la vida misma de los grandes negocios. Sin él, los grandes movimientos de capitales, los grandes trabajos civilizadores que de él resultan, son radicalmente imposibles.... Y lo mismo digo de las sociedades anónimas, contra las que tanto se ha hablado diciendo que eran garitos y ladroneras. La verdad es que sin ellas no tendríamos ni los caminos de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

hierro, ni ninguna de las enormes empresas modernas que han renovado el mundo, porque no habría bastado fortuna ninguna para llevarlas á cabo, de la misma manera que no habría querido correr sus riesgos un individuo, ni siquiera un grupo de individuos. Los riesgos: ahí está todo, y la grandeza del objeto también. Necesítase un vasto proyecto, cuya amplitud se apodere de la imaginación; necesitase la esperanza de una ganancia considerable, de una jugada de lotería que decuplica el capital, cuando no se lo lleva; y entonces se encienden las pasiones, afluye la vida, todos traen su dinero, y podéis mover el mundo. ¿Qué mal veis en esto? Los riesgos corridos son voluntarios, repartidos sobre un número infinito de personas, desiguales y limitados, según la fortuna y la audacia de cada cual. Se pierde, pero se gana; se espera un buen número, pero siempre se debe esperar sacar uno malo, y la humanidad no tiene sueño más empeñado ni más ardiente: ¡tentar el azar, obtenerlo todo de su capricho, ser rey, ser dios!

Poco á poco, Saccard iba dejando de reir; enderezábase sobre sus pequeñas piernas, inflamábase con un ardor lírico, con gestos que lanzaban sus palabras á los cuatro puntos cardinales.

—¡Mirad! Nosotros, con nuestro Banco Universal, ¿no vamos á abrir un horizonte más amplio, toda una brecha sobre el viejo mundo del Asia, un campo sin límites á la piqueta del progreso y á los sueños de los buscadores de oro?

Ciertamente, jamás ha habido ambición más colosal, y, lo concedo, jamás han sido más oscuras las condiciones de éxito y de fracaso. Pero precisamente por esto estamos en los términos mismos del problema, y determinaremos, tengo la convicción, un apasionamiento extraordinario en el público desde el momento en que seamos conocidos.... Nuestro Banco Universal va á ser al principio la casa clásica que tratará en todos los negocios de banca, de crédito y de descuento, recibirá fondos en cuentas corrientes, contratará, negociará ó emitirá empréstitos. Pero el instrumento que yo quiero sobre todo hacer, es una máquina para lanzar los grandes proyectos de vuestro hermano: aquí estarán su verdadero papel, sus crecientes beneficios, su potencia poco á poco dominadora. Será fundado, en suma, para prestar su concurso á las sociedades financieras é industriales que estableceremos en los países extranjeros, en los cuales colocaremos las acciones, y que nos deberán la vida y nos asegurarán la soberanía..... ¡Y, ante este deslumbrador porvenir de conquistas, venís á preguntarme si está permitido sindicarse y beneficiar con una prima á los sindicatarios, fuera de llevarla á la cuenta de primer establecimiento; os inquietáis por las pequeñas irregularidades fatales, por las acciones no suscriptas, que la Sociedad hará bien en guardar, puestas á nombre de un testafarro; en fin, os armáis de punta en blanco contra el juego, contra el juego ¡Señor! que es el alma

misma, el hogar, la llama de esta máquina gigantesca que yo sueño!.... ¡Pues, sabed que todo esto no es nada todavía, que este pobre capital de veinticinco millones es un simple haz de leña que yo echo en la máquina para el primer momento, que espero doblarlo, cuadruplicarlo, quintuplicarlo, á medida que nuestras operaciones se amplíen, y que necesitamos el diluvio de monedas de oro, la danza de los millones, si queremos realizar, allá en Oriente, los prodigios anunciados!.... ¡Ah, diantre! Yo no respondo de las averías, pues no se remueve el mundo sin aplastar á alguien!....

Carolina lo miraba, y en su amor á la vida, á todo lo que es fuerte y activo, acababa por encontrarlo hermoso, seductor, á fuerza de imaginación y de fe. Y, sin rendirse á sus teorías que sublevaban la rectitud de su clara inteligencia, fingía ser vencida, y se echaba á reír.

—Está bien, hay que tener en cuenta que no soy más que una mujer, y que las batallas de la existencia me asustan!.... Pero siquiera tratad de aplastar la menos gente posible, y sobre todo, no aplastéis á ninguno de los que yo amo.

Saccard, embriagado por su acceso de elocuencia, y que triunfaba en aquel vasto plan expuesto, como si el trabajo estuviera ya hecho, mostróse entonces bondadoso.

—¡No tengáis miedo! Hago el ogro, pero es en broma!.... Todo el mundo será muy rico.

Y en seguida hablaron tranquilamente de las

disposiciones que había que tomar, conviniendo en que, al día siguiente mismo de la constitución de la Sociedad, Hamelin marcharía á Marsella, y luego de allí á Oriente, para apresurar el comienzo de los grandes negocios.

Entretanto esparcíanse por el mercado de París rumores que volvían á subir á flote el nombre de Saccard, desde el fondo removido donde se había sumergido un instante; y las noticias, al principio comunicadas al oído, poco á poco dichas en más voz alta, anunciaban tan claramente el éxito cercano, que, de nuevo, como otras veces en el parque Monceau, llenábase su antecámara de corredores y agentes todas las mañanas. Veía á Mazaud llegar, como por casualidad, para estrecharle la mano y hablar de las noticias del día; recibía á otros agentes de cambio, al judío Jacoby, con su voz tonante, y á su cuñado Delarocque, un hombre rojo que hacía á su mujer muy desgraciada. También venía el *corro* en la persona de Nathansohn, un rubillo muy activo, á quien empujaba la suerte. Y hasta á Massias, resignado á su duro trabajo de corredor desgraciado, se presentaba ya todos los días, bien que aún no hubiera órdenes que recibir.

Una mañana, á las nueve, encontró llena la antecámara. No habiendo escogido todavía personal especial, estaba muy mal secundado por su ayuda de cámara, y con frecuencia se tomaba él mismo el trabajo de introducir á las gentes. Aquel día, al abrir la puerta de su gabinete,

quiso entrar Jantrou; pero vió á Sabatani á quien buscaba hacía dos días.

—Dispensadme, amigo mio—dijo deteniendo al antiguo profesor, para recibir primero al levantino.

Sabatani, con su inquietante sonrisa de caricia y su flexibilidad de culebra, dejó hablar á Saccard, quien, muy claramente por otra parte, como hombre que lo conocía, le hizo su proposición.

—Querido, tengo necesidad de vos..... Os abriré una cuenta, os haré comprador de un cierto número de nuestros títulos, que pagaréis sencillamente con una comedia de escritura..... Ya veis que voy derecho al objeto, y que os trato como amigo.

El joven lo miraba con sus hermosos ojos aterciopelados, tan dulces en su moreno rostro.

—La ley—querido maestro—exige de un modo formal la entrega en especie..... ¡Oh! no digo esto por mí. Vos me tratáis como amigo, y esto me llena de orgullo..... Todo lo que queráis.

Entonces Saccard, para serle agradable, le dijo la estima en que lo tenía Mazaud, que había acabado por tomar sus órdenes, sin estar cubierto. Luego le dió broma con Germana Corazón, con quien lo había encontrado la vispera, é hizo alusión claramente al rumor que lo dotaba de un verdadero prodigio, una excepción gigante, con lo que soñaban las mujeres del mun-

do de la Bolsa, atormentadas por la curiosidad. Y Sabatani no negaba, reía con su risa equívoca sobre aquel asunto escabroso: ¡sí, sí! esas señoras tenían el capricho de perseguirlo, queriendo ver aquello.

—¡Ah! á propósito—interrumpió Saccard—tendremos necesidad de firmas, para regularizar ciertas operaciones, los traspasos, por ejemplo..... ¿Podría enviar á vuestra casa los paquetes de papeles que hay que firmar?

—Ciertamente, querido maestro. ¡Todo lo que queráis!

Ni siquiera suscitaba la cuestión de pago, sabiendo que no tienen precio semejantes servicios; y como el otro añadiese que se le daría un franco por firma, para indemnizarlo de su pérdida de tiempo, asintió con un simple movimiento de cabeza. Luego, dijo sonriendo:

—También espero, querido maestro, que me daréis consejos. Vais á estar en muy buena situación, y yo vendré á tomar informes.

—Está dicho—concluyó Saccard que había comprendido.—Hasta la vista, y cuidaos no cezáis demasiado á la curiosidad de las señoras.

Y, riendo de nuevo, lo despidió por una puerta de servicio que le permitía hacer salir á las gentes sin que tuvieran que atravesar otra vez la sala de espera.

En seguida Saccard fué á abrir la otra puerta y llamó con una seña á Jantrou. De una ojeada lo vió tronado, sin recursos, con una levita cu-

yas mangas se habían gastado en las mesas de los cafés, esperando una colocación. La Bolsa seguía siendo una madrastra, pero él alzaba, sin embargo, la cabeza, con su barba en abanico, cínico y letrado, soltando todavía, de cuando en cuando, una frase florida de antiguo universitario.

—Yo os habría escrito un día de estos—dijo Saccard.—Estamos haciendo la lista de nuestro personal, donde os he inscrito uno de los primeros, y creo que os destinaré á la sección de emisiones.

Jantrou lo detuvo con un gesto.
—Sois muy amable, y os doy las gracias.... Pero vengo á proponeros un negocio.

No se explicó en seguida, comenzó con generalidades y preguntó cuál sería la parte de los periódicos en la fundación del Banco Universal. El otro se disparó á las primeras palabras, declarando que estaba por la publicidad más absoluta y que le dedicaría todo el dinero disponible. No había que desdeñar ninguna trompeta, ni siquiera las trompetas de diez céntimos, porque para él era un axioma que todo ruido es bueno sólo con ser ruido. El sueño sería disponer de todos los periódicos; pero esto costaría muy caro.

—¡Calle! ¿Acaso tendríais la idea de organizar nuestra publicidad?... No estaría demás. Hablaremos de ello.

—Sí, más adelante, si queréis.... ¿Pero qué diríais de un periódico vuestro, completamente

vuestro, del cual yo fuese el director? Todas las mañanas se os dedicaría una página con artículos cantando vuestras alabanzas, con sencillas notas llamando sobre vos la atención, con alusiones en estudios completamente extraños á las cuestiones financieras, en fin, una campaña en regla, á propósito de todo y de nada, alzándoos sin descanso sobre la hecatombe de vuestros rivales.... ¿Qué os parece esto?

—¡Diablo! Si eso no costara los ojos de la cara....

—No, el precio sería razonable.

Y al fin, nombró el periódico, *La Esperanza*, fundado hacía dos años por un pequeño grupo de personalidades católicas, los violentos del partido, que hacían al imperio una guerra feroz. El éxito, por otra parte, era nulo, y todas las semanas corría el rumor de la desaparición del periódico.

Saccard exclamó:

—¡Oh, no tira ni dos mil ejemplares!

—Será cuenta nuestra el llegar á una tirada mayor.

—Y además, eso es imposible: ese periódico arrastra á mi hermano por el fango, y yo no puedo disgustarme con mi hermano desde el principio.

Jantrou se encogió ligeramente de hombros.

—No hay necesidad de disgustarse con nadie.... Sabéis, como yo, que cuando una casa de crédito tiene un periódico, poco importa que éste

apoye ó ataque al gobierno: si es ministerial, la casa está segura de entrar en todos los sindicatos que forma el ministro de Hacienda para asegurar el éxito de los empréstitos nacionales y municipales; si es de oposición, el mismo ministro guarda toda clase de consideraciones al Banco que representa, con el deseo de desarmarlo y de conquistarlo, que se traduce á menudo en mayores favores todavía..... No os inquietéis, pues, por el color de *La Esperanza*. Tened un periódico, que es una gran fuerza.

Silencioso un instante, Saccard, con aquella vivacidad de inteligencia que le hacía apoderarse de golpe de las ideas de los demás, examinarlas y adaptarlas á sus fines, hasta el punto de hacerlas completamente suyas, desenvolvía todo un plan: compraba *La Esperanza*, apagaba las polémicas acerbas, lo ponía á los piés de su hermano que se vería obligado á mostrarse reconocido, pero le dejaba su color católico, conservándolo como una amenaza, una máquina siempre preparada para volver á emprender su terrible campaña, en nombre de los intereses de la religión. Y como no se fuera amable con él, blandiría Roma y arriesgaría el gran golpe de Jerusalem. Esto sería magnífico para acabar.

—¿Tendríamos libertad completa?—preguntó bruscamente.

—Absoluta. Ya están hartos, y el periódico ha caído en manos de un mozo lleno de apuros que nos lo entregaría por diez mil francos.

Saccard reflexionó todavía un momento.

—Pues bien, es cosa hecha. Traedme aquí á vuestro hombre..... Vos seréis el director, y veré de centralizar en vuestras manos toda nuestra publicidad, que yo quiero excepcional, enorme, ¡oh! más adelante, cuando tengamos con qué caldear seriamente la máquina.....

Se había levantado. Jantrou se levantó igualmente, ocultando su alegría de encontrar el pan, bajo su risa burlona de bohemio, cansado del lodo parisién.

—¡Al fin voy á volver á mi elemento, á mis queridas bellas letras!

—No os comprometáis todavía con nadie—le dijo Saccard acompañándolo hasta la puerta.— Y mientras que pienso en el personal, tomad nota de un protegido mío, de Pablo Jordan, un joven de un talento notable y de quien haréis un excelente redactor literario. Voy á escribirle que vaya á veros.

Jantrou salía por la puerta de servicio, cuando le chocó aquella feliz disposición de las dos salidas.

—¡Calle, esto es muy cómodo!—dijo con su familiaridad.—Se escamotea á la gente..... Cuando vienen hermosas mujeres como la que yo he saludado hace un momento en la antecámara, la baronesa Sandorff.....

Saccard ignoraba que ésta estuviese allí y se encogió de hombros para mostrar su indiferencia; pero el otro sonreía, negándose á creer en